

CARTAS DESPUÉS DE LA MUERTE

Marta Albaladejo Mur

Adaptación de Núria Martí Constans

Ilustraciones de Pedro Villarejo



UNAS PALABRAS DE LA AUTORA

Cuando yo tenía 19 años, mi padre murió.
Quería decirle muchas cosas, pero ya no podía.
Estaba muy triste.
Poco después, nació mi hijo, Arnau.
De pronto, toda la pena que había sentido se fue.
Pero, lamentablemente, 19 años después,
mi hijo murió.

La tristeza volvió, y con más fuerza todavía.
Quería hablar con mi padre y con Arnau, pero no podía.

Aun así, necesitaba explicarle a mi padre
cómo había sido mi vida y la de mi hijo.
Así que decidí escribirle una carta.

También quería que mi hijo participara de alguna forma,
aunque ya no pudiera hacerlo.
Por eso decidí que fuera él quien hablara.
O, mejor dicho, qué imaginaba yo que diría mi hijo.

Y quería que todo esto lo supiera mi padre.
Como si él también pudiera leer las 18 cartas
que imaginé que me escribía Arnau.
Aunque era consciente de que aquello no era posible.
Pero me ayudaba a calmar la mente y el corazón.

Al final, decidí escribirle una carta a mi padre.
Esta, como la primera, la escribí en mi nombre.
Me imaginaba que mi padre había leído las cartas de Arnau
y le hablaba como si pudiera contestarme...
Pero sabía que ni uno ni otro podrían responderme nunca.

Marta A.

MARTA

CARTA A MI PADRE

Premià de Mar, 18 de septiembre de 2015

Papá, soy Marta.

Este año vuelvo a vivir en Premià. No sé si lo sabes.

Hace 20 años que me fui de aquí con Arnau,
mi único hijo,

cuando me separé de mi segundo marido.

Ahora vuelvo yo sola.

Bueno, no del todo. Vuelvo con el cachorro del perro
que teníamos cuando vivíamos aquí.

La experiencia es dura.

Arnau no está y es como si, en Premià,
todo me trasladara sus palabras.

Las calles, el mar, el aire, la arena de la playa,
el campanario de Sant Cristòfol...

Así que he decidido transcribir sus palabras,
que solo escucho yo,
y reproducírtelas aquí en diversas cartas.

Me gustaría transmitirte la realidad tal y como es,
aunque me resulta difícil hacerlo.



Siempre he agradecido tu apoyo
y he admirado tu capacidad de análisis. Eres muy inteligente.
Me tranquiliza pensar que leerás lo que Arnau me dice
desde donde estés.

Así me darás una visión más serena que la mía.
Porque yo soy su madre, me siento muy cerca de él
y tengo una opinión muy personal.

Tengo muchos pensamientos revueltos
y me gustaría que los pudiéramos aclarar juntos.
Es como si tuviera un nudo en mi interior.
Por lo menos sabrás qué pasó y podremos hablar de ello.

También podremos hablar de la relación entre padres e hijos.
Es una relación complicada. Muy complicada.
Sé que me entiendes.

Escribirte esta carta, papá,
me ayuda a organizar todo lo que sé del tema de Arnau.
Es como si hiciera un trabajo de investigación,
una tesis universitaria¹.
A partir de hoy, cuando Arnau hubiera cumplido 35 años,
te enviaré las cartas con las palabras que siento
que me dice mi hijo.
Hasta el día en que, si estuviera vivo, cumpliría 36 años.
Pero está muerto, como tú.

1. Estudio escrito sobre una investigación que hace quien estudia.
Se presenta para conseguir un título académico de estudios superiores.

Tú podrás leer un documento claro y ordenado.
Y yo podré decir: «Basta. Hasta aquí. Se ha acabado».
Será como si pusiera punto y final a una etapa.
Cuando se investiga, se debe saber poner el punto final.
Y después podré seguir adelante.
Confío en que me ayudarás.

Como han pasado muchos años desde que moriste,
te explicaré nuestra vida.

El padre de Arnau es un buen hombre.
De joven, estaba muy enamorada de él.
Yo aún estudiaba.
Él era fotógrafo y era bastante más mayor que yo.
Ahora pienso que, en realidad,
más que un hombre con quien construir una relación estable,
yo buscaba un padre para mí.

Me quedé embarazada entre el 5 y el 6 de enero de 1980,
la noche de Reyes².
Aquella noche, el padre de Arnau y yo fuimos a comprar regalos
para nuestras familias,
que se iban a conocer al día siguiente en una comida.
Él me compró un anillo.

2. El 6 de enero, la Iglesia católica celebra la fiesta de los Reyes,
para recordar a los tres reyes magos que adoraron a Jesús en su nacimiento
y le llevaron regalos.

Cuando supimos que estaba embarazada,
decidimos casarnos antes de que llegara la criatura.
Queríamos que se encontrara con una familia normal,
que no huyera de las normas sociales.
No sé si supimos construir una familia sin problemas.
Pero el padre de Arnau y yo nos quisimos mucho.
Y también quisimos mucho a Arnau.

Arnau nació en Barcelona
el 18 de septiembre de 1980.
Después de haber pasado ocho meses y medio en mi interior.

Como nació antes de tiempo,
el médico decidió llevarlo a una incubadora³.
Pesaba justo lo mínimo para no tener que ir a la incubadora.
Yo pensaba que no hacía falta, pero el médico no me hizo caso.

Mientras su padre se lo llevaba a kilómetros de distancia,
al hospital de la Vall d'Hebron, que tenía incubadoras,
yo me quedé en la clínica donde había parido.

Los primeros días no vi a Arnau.
No le llegaban ni mi olor, ni los latidos de mi corazón,
ni mi voz, ni mi leche... No lo podía tocar.

3. Aparato para mantener un tiempo a los bebés prematuros
a una temperatura adecuada.

Me saqué la leche de los pechos
con una ventosa que vendían en la farmacia,
mientras alguien le daba biberones a Arnau
en aquella caja de plástico que era la incubadora.

Aún hoy en día, mientras lo escribo, me altero mucho.
En 1980 las cosas se hacían así.
Pero los kilómetros de distancia
fueron como una barrera entre madre e hijo.

Seguí estudiando mientras Arnau crecía.
Cuando él dormía, yo hacía los trabajos de la universidad
y estudiaba para los exámenes.
Esto era por las noches y también durante sus siestas,
que eran largas porque le dejaba dormir para poder estudiar.

Su padre tenía el estudio de fotografía
y el laboratorio de blanco y negro en casa.
Mi suegra, mi madre y mi hermana nos ayudaban.
¡Yo tenía 20 años y ya era madre!
Y vivía una vida de persona adulta.

Cuando tuve el título de maestra,
Arnau ya casi tenía 2 años. Era 1982.
Yo tenía 22 y encontré un trabajo en la universidad.
Ayudaba en la formación de catalán de los profesores.

A los 23 años, cuando Arnau tenía 3,
empecé a trabajar de maestra en una escuela del Maresme.

Esto complicó nuestra vida,
porque salía de casa muy temprano
para ir a la estación a coger el tren.
Arnau se quedaba con su padre en casa,
que, después, lo llevaba a la guardería.
Cuando yo me iba, Arnau chillaba desde el balcón.
Aún recuerdo los gritos.

Aquel curso, nuestra relación de pareja iba mal.
Durante los primeros años,
a Arnau no le dimos un entorno seguro y estable.
Aunque los dos estábamos para él.

Yo leía libros de psicología que pudieran ayudarme.
Le preparaba baños con infusiones de romero
y le contaba un cuento cada noche antes de ir a dormir.
Su padre jugaba mucho con él.

Pero, cuando Arnau tenía 3 años,
su padre y yo nos divorciamos.
Hice todo lo que pude para que no se notara
que era doloroso para mí y que me sentía fracasada.

Aquel divorcio fue el primer gran cambio
en la vida de Arnau.

Él y yo fuimos a vivir a casa de los abuelos Pepito y Rosita;
mis abuelos, ya lo sabes.

Ellos ya estaban jubilados y estuvimos muy bien en su casa.

Tomábamos chocolate caliente los domingos para desayunar,
y eso se convirtió en una costumbre para siempre.

Los sábados, la abuela iba a buscar nata.

El abuelo Pepito cocinaba unos platos deliciosos.

Yo aún trabajaba de maestra

y los abuelos llevaban a Arnau a la guardería e iban a recogerlo.

Fueron unos meses tranquilos para Arnau y para mí.

Estuvimos allí hasta que empezó el curso siguiente.

Yo fui a trabajar de maestra a un pueblecito, Arenys de Munt.

Y Arnau y yo fuimos allí a vivir.

Era 1984 y, entonces,

los niños empezaban la escuela a los 4 años.

Arnau ya tenía la edad

y ya podía ir a la escuela donde yo trabajaba.

Pasamos 2 años muy felices en Arenys.
Vivíamos en una casa.
Arnau la llamaba la Casa de la Parra.
Él jugaba fuera y hacía bolitas de barro
para jugar a las canicas⁴.

Más adelante, conocí al hombre que fue mi segundo marido,
y el padrastro de Arnau.

De nuevo, era un hombre mayor que yo.
Era como si buscara en él a un padre más que a una pareja.
¡Ya ves hasta qué punto he necesitado a un padre!

Él ya tenía dos hijos de su primer matrimonio
y yo lo veía un buen padre.
Pensé que podríamos ser una familia.
Quería volver a tener una.

Él vivía en Barcelona, y Arnau y yo, en Arenys.
Buscamos un sitio a mitad de camino.
Y, así, el primer día de agosto de 1986
los cinco nos fuimos a vivir a una casa en Premià.
Arnau y yo. Él y sus dos hijos.
Como si fuéramos una familia normal.

4. Juego infantil con bolas pequeñas de barro o de cristal.

Pero he aprendido con la experiencia que no es tan simple.
Éramos dos medias familias.
Y dos medias familias no hacen una,
aunque por fuera lo parezca.
Por fuera parecíamos la familia de mi infancia:
un padre, una madre y tres niños.

El hijo mayor de mi segundo marido
tenía 3 años más que el segundo.
Y el segundo, 3 años más que Arnau.

Pero solo parecíamos una familia.
En realidad, no lo éramos.
En una familia de verdad hay cariño.
Aquella familia en apariencia era un disparate.
¡Ay! Disculpa, no quería juzgar.
Te he dicho que esto sería como un trabajo de investigación.
Me cuesta callar lo que pienso de todo lo que pasó.

Ahora te explicaré cómo vivíamos Arnau y yo en Premià
con el padrastro y sus hijos.
Así entenderás mejor
todo lo que Arnau pueda decir en sus cartas.

En septiembre de 1986,
Arnau fue a una escuela nueva en Premià.
Y pasaba algunos fines de semana con su padre en Barcelona.